

E. SÁNCHEZ GARCÍA, *Nombres y hombres. Onomástica de los personajes y significación del «Diálogo de la lengua»*, Madrid, Iberoamericana, 2021, 310 pp.

Bajo este sugestivo título, que tan convenientemente remite a la fórmula plautina *nomen est omen* ('el nombre es destino'), nos presenta su último libro la investigadora Encarnación Sánchez García, especialista, entre otras cuestiones, en la literatura y tratadística de la España imperial del siglo XVI. El particular interés de la autora en la situación político-cultural del reino de Nápoles, región que se encontraba entonces bajo el dominio de Carlos V, ha motivado, a lo largo de su trayectoria, varios trabajos relacionados con las letras españolas en territorio italiano. *Nombres y hombres* viene a ser una de sus últimas contribuciones al catálogo; nada más y nada menos que un estudio de los personajes que participan en el *Diálogo de la lengua* (1535) de Juan de Valdés, obra compuesta en Nápoles que, junto a los textos de Nebrija o Luis Vives, constituye uno de los pilares fundacionales del humanismo español.

Ya en el *Prólogo* (pp. 11-16) la autora explica claramente cuál es el objetivo de su trabajo, consistente en identificar con la mayor precisión posible a los referentes reales que se esconden tras las *dramatis personae* del *Diálogo*; a saber, Martio, Coriolano y Pacheco, interlocutores del autorretratado Valdés en un coloquio ficcional que saca a debate un asunto que, por razones prácticas, preocupaba a la élite cultural napolitana del momento: la situación del español como lengua cortesana y diplomática en el *Regno*. En efecto, la actitud del emperador Carlos V durante su estancia en Nápoles (bajo el gobierno del virrey Pedro de Toledo) tras la victoria de Túnez vino a corroborar la política lingüística del emperador, reforzándose así la idea de la importancia del español como lengua de poder.

A este *Prólogo* le siguen cinco capítulos, uno introductorio y cuatro más específicos (uno por cada personaje involucrado en el *Diálogo*, incluido el Valdés ficcional), divididos, a su vez, en varios subapartados que facilitan la lectura del texto. El libro cierra con un *Epílogo* que resume las ideas principales del trabajo.

En el *Capítulo I. Para una teoría de los nombres en el «Diálogo de la lengua»* (pp. 17-54), Sánchez García hace un utilísimo resumen del estado de la cuestión, que tan dispar interés ha suscitado a lo largo de los años entre la crítica especializada, pues apenas se han producido avances desde las aportaciones de Boehmer en el XIX. La investigadora propone, asimismo, y muy bien documentadas, las correspondencias Martio/Bernardino Martirano (secretario del *Regno*), Coriolano/Coriolano Martirano (obispo de San Marco Argentano, y hermano del anterior) y Pacheco/Diego II López Pacheco Enríquez (III Duque de Escalona y III Marqués de Villena), siendo el primero de los dobles el que más interesa a la autora, y su propuesta más original, dado que la identificación de Coriolano con su referente histórico ya había sido apuntada anteriormente por Boehmer, y la de Pacheco, aunque es matizada (pues, desatendiendo la cronología, el crítico valdesiano lo había identificado con el anterior Marqués de Villena), no tiene el mismo peso que la de Martio.

Desde luego, la metodología empleada por Sánchez García es impecable. Con una interpretación cimentada en datos objetivos, tanto históricos como textuales del propio *Diálogo*, la investigadora incide, y muy acertadamente, en la necesidad de llevar a cabo la tarea identificativa de los personajes valdesianos en base al contexto histórico-literario de entonces, y

no a criterios aleatorios y subjetivos. Se desvincula así de las posturas adoptadas por grandes intelectuales como Benedetto Croce, quien en su momento optó por no indagar en el asunto al considerar que las coincidencias entre la pintura de los personajes del *Diálogo* y determinadas personalidades de la cultura hispano-apolitana se debían no más que a la más pura de las casualidades (quizás, una de las razones por las que la crítica posterior se desentendió en gran medida de la materia, además de por la tardía atribución de la obra). No obstante, el *Diálogo* valdesiano bebe de la tradición dialogística napolitana, cuyos modelos asumen la identificación máscara-individuo como rasgo propio del género. Cada uno de los personajes del *Diálogo* representa también un perfil intelectual determinado que coincide, como demuestra la autora, con los ideales personales de los referentes históricos propuestos. Y lo que es más, estos mismos personajes se corresponden con personalidades del círculo napolitano más próximo a Valdés en el momento de la redacción del texto.

En el *Capítulo II. «Martio» (Bernardino Martirano)* (pp. 55-142), el más extenso de todos, la investigadora se centra en demostrar la identificación de estas dos figuras. Descarta las teorías de Boehmer, que había propuesto como referente a Marzio Martirano (sobrino de Coriolano e hijo natural de Bernardino); también rechaza las propuestas de Laplana y Usoz, que ven en Martio un posible reflejo de Marcantonio Magno (uno de los agentes de Giulia Gonzaga). La misma actitud encontramos hacia las sugerencias de aquellos investigadores que identifican al Martio valdesiano con el humanista Marcantonio Flaminio. En su lugar, la autora propondrá como referente a Bernardino Martirano, secretario del Reino de Nápoles desde 1528 hasta 1548, hombre fiel a la causa imperial, mecenas e importantísima figura del panorama político-administrativo y cultural de su tiempo. Para justificar la abreviatura del *cognome* (Martirano > Martio), Sánchez García alude a la tradición humanista de los nombres en clave e interpreta el fenómeno como un intento de Valdés por dignificar la figura de Bernardino, a quien el conqueso concede un nombre literario de reminiscencias mitológicas.

En este capítulo se insiste también en la relevancia de ciertos datos textuales que, efectivamente, apuntan hacia la correspondencia Martio/Martirano, todos ellos relacionados con el papel de Martio como señor de la casa en la que el coloquio del *Diálogo* tiene lugar. Es el caso, por ejemplo, de las referencias al personaje de *messer* Aurelio, escribano elegido por Martio para que transcriba el debate, y al que Sánchez García identifica con otro Aurelio muy concreto, un hombre del personal de Bernardino al que este confiaba, entre otras tareas, el envío de copias de las novedades literarias napolitanas a la corte real. Más importante aún será la identificación de la sede del coloquio valdesiano; según la autora, solo puede tratarse de Leucopetra, la majestuosa villa propiedad de Bernardino Martirano (una idea que ya adelantaba en el capítulo anterior). Ciertamente, Leucopetra fue un escenario de prestigio, y por muchos motivos. Como muestra, baste decir que la villa reunía entonces en su cenáculo literario a los herederos de la academia de Giovanni Pontano. También fue el lugar de hospedaje de Carlos V a su llegada a Nápoles, convirtiéndose así en un símbolo del poder imperial. Dada su significación dentro del *Diálogo* (y siendo un punto clave en la hipótesis de Sánchez García), habría resultado interesante, quizás, dedicar al asunto un capítulo independiente que presentara de forma más unificada el valiosísimo material recopilado por la investigadora sobre Leucopetra y su papel histórico-cultural en la Nápoles española (y, por extensión, en el *Diálogo* valdesiano).

Los capítulos que siguen son mucho más breves. Al abordar el estudio de un personaje no dubitado, el *Capítulo III. «Valdés» (Juan de Valdés)* (pp. 141-196) se dedica a matizar las correspondencias del personaje histórico con su homónimo literario, poniendo el énfasis en el interés que sentía el autor por el español de tipo conversacional, tanto oral como escrito (un tema que constituye el objeto de reflexión inicial del *Diálogo*). Algo parecido ocurre en el *Capítulo IV. «Coriolano» (Coriolano Martirano)* (pp. 197-228), con una identificación refrendada por la unanimidad crítica. Por otra parte, en el *Capítulo V. «Pacheco» (Don Diego II López Pacheco Enríquez, III Marqués de Villena)* (pp. 229-268), nos encontramos ante los esfuerzos de la investigadora por redirigir la hipótesis inicial de Boehmer (defendida más tarde también por Cristina Barbolani), que, sin tener muy en cuenta las fechas del coloquio, proponía al II Marqués de Villena, y no al III (su hijo), como *alter ego* de Pacheco. Asimismo, Sánchez García descarta en este capítulo otras teorías sin fundamento que vinculan al personaje de Pacheco con el obispo Pedro Pacheco o incluso con un desconocido soldado español residente en Nápoles, y sugiere algunas motivaciones prácticas para la cuestión del cambio del nombre «Pacheco» por «Torres» en uno de los testimonios del *Diálogo*.

El *Epílogo* (pp. 269-276) da las últimas pinceladas al trabajo; remarca los principios básicos de los que parte y deja clara la estructura interna del *Diálogo*, con unos personajes que actúan, según queda demostrado, como reflejo del ambiente humanista hispano-napolitano del momento, y que sirven, a su vez, como catalizador de las distintas opiniones existentes en torno al uso del español como lengua diplomática del Imperio.

En definitiva, *Nombres y hombres* es una obra rebosante de erudición y entusiasmo historicista que goza de ser el primer estudio en tratar de forma conjunta y actualizada la identificación de los personajes del *Diálogo de la lengua* de Valdés, proporcionando, además, una respuesta más que convincente a la problemática planteada.

ANDREA CHAMORRO CESTEROS